

## REFLEXIONES PARA LA REFLEXIVIDAD DEL INVESTIGADOR: UN ACERCAMIENTO A TRAVÉS DEL ESTUDIO DEL FENÓMENO PORNOGRÁFICO

Pablo Federico Molina Derteano  
Universidad de Buenos Aires (Argentina)  
[pablomd2005@gmail.com](mailto:pablomd2005@gmail.com)

### Resumen

La problemática de la reflexividad en las prácticas de investigación científica es abordada aquí a la hora de pensar las implicancias de la utilización de determinadas coordenadas de análisis teórico (coordenadas de género); el tipo de diseño (un diseño cualitativo de tipo etnográfico); y el instrumento de construcción de los datos (la entrevista en profundidad).

Estas cuestiones son abordadas a la hora de reflexionar acerca de la construcción de un diseño para estudiar las representaciones sociales de un grupo de hombres y mujeres que publican relatos de sus experiencias sexuales por Internet.

### Introducción

En el marco de los trabajos de investigación en Ciencias Sociales, uno de los rasgos más importantes es la propia reflexividad. Este artículo abordará una serie de reflexiones sobre el uso de la metodología cualitativa para estudiar fenómenos de comunicación. Cabe destacar que se trata de un proyecto individual de quien escribe, acerca de estudiar las representaciones sobre el sexo y sus significancias en los espacios públicos. Nos preguntamos si existe algo llamado el “sexo social”. Dentro de esta pregunta-problema, sumamente ambiciosa, se buscará estudiar las representaciones sociales de un grupo de mujeres que publican relatos eróticos de sus propias experiencias por Internet. Pero este artículo no se sumergirá en detalle en los intersticios de la investigación, sino que reflexionará sobre el abordaje metodológico que se pretenderá utilizar. Básicamente nos preguntamos por a) los desafíos y obstáculos de un abordaje cualitativo con usuarios de Internet. O lo que llaman algunos autores una “etnografía” en Internet (Gatson y Zweerink, 2004), y b) las perspectivas del instrumento y la construcción de datos flexibles, contraponiéndose dos tendencias opuestas.

A continuación se dará un breve paneo teórico sobre pornografía, género e Internet, luego se planteará nuestro problema y las perspectivas teórico-metodológicas que se revisarán en torno a la metodología cualitativa.

En los últimos años, los sitios web que publican relatos anónimos de hombres y mujeres que describen distintas experiencias sexuales han crecido notablemente. Hay todo un debate acerca de si estos relatos constituyen una forma de pornografía amateur. No será abordado aquí en detalle, pero nos basaremos en la definición de pornografía provista por B. Arcan, (1993) que señala que la pornografía, más que una entidad, es una relación entre un contenido y una forma que depende del contexto. Tampoco haremos aquí una revisión profunda sobre la cuestión pornográfica. Pueden consultarse algunos trabajos previos (Arcan, 1993; Molina Derteano, 2005).

Una de las reglas de publicación sugiere que estos relatos son anónimos. Pero a veces, los que publican deciden romper esa regla ofreciendo un mail de contacto. Entre estos que ofrecen algún tipo de contactos, la mayoría son mujeres. En una fase preliminar de selección de casos, se intentarán hacer los contactos para un abordaje por medio de entrevista en profundidad con una selección de casos compuesta por una mayoría de mujeres. Pero nos detendremos aquí, ya que el objeto de este artículo es una reflexión teórica y metodológica sobre los desafíos de un diseño cualitativo para abordar a estos casos. Dado que existe una probabilidad de tener que trabajar con una selección de casos compuesta mayormente por mujeres, revisaremos algunas cuestiones sobre género.

### Algunas consideraciones sobre la relación entre pornografía web y género

Antes de abordar la cuestión de género conviene revisar el origen de la vinculación entre género y pornografía. No puede hacerse referencia al estudio de las dimensiones de género en el fenómeno de la pornografía sin referirse al feminismo y sus enfoques sobre la pornografía. Es indudable que el trabajo de A. Dworkin marcó un hito de inicio. En su libro *“Pornography: Men Possesing Women”* (citado en Arcan, 1993), se trazan los tres axiomas fundamentales de las críticas feministas a la pornografía:

- La pornografía es un producto mediático, cuyo atractivo principal es mostrar cómo las mujeres son brutalizadas por los hombres, quienes aparecen como bestias llenas de deseo, que las toman, las golpean o las humillan y, las mujeres, encima, vuelven por más.

- Aquellas mujeres que trabajan en la industria pornográfica son “doblemente humilladas”, ya que no sólo representan papeles de humillación de su género sino que además se someten a los abusos de la industria en sí.
- La pornografía es usada por la sociedad patriarcal como “instrumento pedagógico” que supone que los hombres son fuertes y directos y las mujeres son románticas y pasivas.

Términos que luego serían muy empleados por el vocabulario feminista corriente como subordinación de la mujer, objetualización y otros formaban parte esencial del planteo de Dworkin y se repiten en el proyecto de ley antipornografía que presentó en los '80 junto con M. McKinnon: “La pornografía constituye una práctica sistemática de explotación y subordinación basada en el sexo y que de una manera específica inflige un daño a las mujeres. El daño que la pornografía ejerce sobre las mujeres incluye la deshumanización y la explotación sexual de las mismas, las relaciones sexuales y la prostitución forzada, las agresiones, el terrorismo social y sexual y la inferioridad de la mujer presentada como espectáculo” (en AA.VV., 2005:205). La pornografía es vista, en consonancia con las corrientes neoconservadoras de entonces, como promotora especial de la violencia de género “Los prejuicios y el desprecio que la pornografía promueve, junto con los actos de agresión que alienta, (...) crean acoso tanto público como privado; promueven agresiones y vejaciones tales como las violaciones, malos tratos, abuso sexual en las/os niñas/os y prostitución...” (Dworkin y McKinnon, *op. cit.*) Puede que este extracto ofrezca una idea de relación mecanicista. R. Osborne presenta algunos refinamientos pero continúa sosteniendo un paralelismo entre pornografía y violencia de género cuando afirma que existe: “una relación causal entre las imágenes violentas que la pornografía muestra y las agresiones, igualmente violentas en contra de la mujer, especialmente las violaciones. De ahí la consideración de que las mujeres son las principales víctimas de la pornografía, pero no en sentido simbólico sino real” (1) (en Dillon, 2005). Y también la misma McKinnon: “La idea dominante es que la pornografía debe causar daño del mismo modo que lo causan los accidentes de tráfico, o de lo contrario sus efectos no serán cognoscibles como daño. El problema de esta concepción del daño individualizada, atomista, lineal, exclusiva, aislada, limitada al agravio –positivista en una palabra- es que la forma en que la pornografía elige y define a las mujeres para el abuso y la discriminación no funciona así. Daña efectivamente a los individuos, no como individuos de uno en uno, sino como miembros del grupo mujeres. (...) Su causalidad es esencialmente colectivista, totalista y contextual” (en AA.VV., 2006:222)

Los aportes de Osborne y McKinnon refinan un poco el argumento de causa –efecto mecanicista. La pornografía es presentada como un emergente de una concepción de desigualdad de género que impone socialmente la sumisión femenina. La pornografía es especialmente peligrosa porque actualiza esta tendencia social y estructural de forma tal que promueve la violencia de género, sobretudo la que pueda incluir agresiones sexuales físicas y/o verbales. Si bien no ha habido estudios específicos sobre la relación entre pornografía y delitos sexuales -aunque otras autoras han suavizado sus alcances-, la noción de violencia de género se volvió para esta rama dentro del feminismo un concepto clave para definir a la pornografía. Las coordenadas de doble explotación (exhibida en la pantalla y en las dinámicas intersubjetivas de la trastienda de la industria pornográfica en sí) y de violencia y sumisión de las mujeres fueron las claves para descifrar el fenómeno. La pornografía no hace más que reflejar, en forma paradigmática si se quiere, tendencias ya existentes y constituyentes de las sociedades patriarcales.

Pero cabe destacar que la pornografía fue un fenómeno especialmente espinoso dentro de la historia del movimiento feminista. A fines de los '80, en el Congreso General de Mujeres de Québec, se asumió que la cuestión de la pornografía “se les había ido de las manos”. Crecientes grupos dentro de las propias corrientes feministas protestaron contra los ataques contra la pornografía por reforzar los estándares moralistas neo-conservadores, justamente aquellos que encasillan a la mujer en el lugar del amor romántico y el hogar. Además defendieron la voz de aquellas trabajando en la industria quienes rechazaban que un grupo de intelectuales les llamaran dominadas. Este grupo, reclama apropiarse de la pornografía, liberarla de su contenido masculinista para hacerla un lugar propio y resignificarlo.

A modo de resumen puede decirse que los estudios sobre la pornografía desde estos ángulos tienen un doble carácter. Por un lado, las corrientes más tradicionales se enfocan en los estudios de género desde una perspectiva de asimetría. Analizar en coordenadas de género implica entender la discursividad social en torno a la construcción de este concepto (McNay, 2003). La pornografía es una práctica donde las identidades de género son impuestas, son representadas, y son necesariamente asimétricas. Este es un punto clave que hay que diferenciar: desde la perspectiva feminista, el acto de conocimiento debe ser también un acto de develar (u ocultar) políticamente las visiones condicionadas desde el género. La ética feminista indica que la denuncia de la subordinación femenina es parte constitutiva de la reconstrucción del término. No hay conocimiento significativo sin esta acción política (Lovibond, 2001; Braithwaite, 2002; Astelarra, 2003). La hegemonía del feminismo dentro de los departamentos de estudio de género actúa de manera que, la denuncia de la asimetría se vuelve una condición institucional para ser aceptado en la academia.

Por el otro lado, están las rebeldes. ¿Son los sujetos víctimas indefensas de los poderosos discursos de género?, se interroga McNay (*op. cit.*) quien, reconstruyendo algunos trabajos propuestos por Butler y Bourdieu remarca la necesidad de un enfoque

desde la agencia. “Con respecto a las cuestiones de género, una concepción de agencia más definida es crucial para explicar tanto cómo las mujeres han accionado autónomamente en el pasado a pesar de las sanciones sociales y también cómo podrían actuar ahora en el contexto de un complejo proceso de reestructuración de género” (McNay, 2003:141, *la traducción es nuestra*). Desde esta concepción la pornografía y su consumo no es una instancia cerrada, y la apropiación y las estrategias de resistencia están presentes. Estas mujeres que cuentan sus experiencias sexuales en Internet pueden ser analizadas por las coordenadas de género (entre otras) tanto como reproductoras de discursividades asimétricas que moldean sus subjetividades o como apropiadoras de una práctica y un espacio reservado para los hombres.

Los debates sobre los impactos de Internet en las prácticas comunicativas en general y la pornografía en particular han sido complejos y variados. Nos limitaremos a señalar que gracias a Internet se han dado tres cambios importantes: a) se incrementó cuantitativamente el volumen de producciones de tipo pornográficas de los más variados grados de calidad, b) se facilitó el fenómeno amateur y la participación del espectador, y c) se diversificaron los contenidos dado los costes menores de poner en servicio una página web. Respecto al impacto de Internet, la definición misma del medio como interactivo puso de manifiesto las potencialidades y limitaciones de un nuevo tipo de consumo que da lugar potencial al intercambio (bbs, chat, etc.), así como al aislamiento bajo el anonimato y la seguridad del hogar. Diversos estudios ponen de manifiesto que nuevas identidades virtuales se estructuran sobre este fenómeno.

A la hora de abordar a este grupo de mujeres, si vamos a apelar a las coordenadas de género debemos poner en evidencia la fuerte tensión entre subordinación-liberación que rodea al concepto. La no-explicitación de las cargas de sentido de un término histórico a partir de la revisión de sus condiciones de producción corre el riesgo de volverse un obstáculo epistemológico (Bachelard, 1974).

¿Un etnógrafo en Internet?

¿Cómo abordar a los sujetos que utilizan Internet como medio de comunicación y construcción de nuevas identidades? Debemos partir, junto con Plumer (2003), de que aquí los sujetos están construyendo identidades, formas de ser reconocidos por los otros y por ellos mismos. Tal y como se presenta en uno de los relatos analizados “los que visitan el sitio me conocen por otros relatos que publiqué aquí”.

Debe indicarse que la etnografía pronto logró un acuerdo importante en la comunidad académica como el enfoque más adecuado para estos estudios. Lo que me gustaría discutir aquí es la tensión entre a) un enfoque “blando”, que plantea diseños que combinan análisis de contenido o análisis conversacionales de publicaciones, diálogos de Chat o BBS con entrevistas en profundidad y b) un enfoque “duro” que se interroga teórica y epistemológicamente sobre cómo traducir las dimensiones geertzianas claves de territorialidad y temporalidad al fenómeno de Internet el cual se manifiesta efímero pero permanente (Foot y Schneider, 2004). Revisaremos las tensiones entre cada una.

La primera posición entraña dos peligros: a) reducir una concepción teórica y epistemológica a una serie de métodos más o menos definidos y/o interrelacionados y b) confundir la flexibilidad de los diseños cualitativos con una suerte de “flexibilismo”. Sobre esto último nos gustaría rescatar el planteo de Holloway y Les Todres (2003) quienes sostienen que el método cualitativo debe intentar conciliar la tensión entre la flexibilidad que propone y la consistencia y coherencia de los datos que construye. En efecto, un diseño flexible no implica, como muchas veces se sostiene un libre transitar por todas las fases del proceso de investigación y un trabajo asistemático. Pero es cierto que se ofrecen más alternativas de acción. Aun así se debe procurar la consistencia de los datos. La consistencia, parece reñida con la postura epistemológica de naturalismo del propio método y el énfasis narrativo de la fenomenología. Distinguen dos sentidos de flexibilidad: uno que refiere a las características de un diseño que puede intercalar datos de distinta forma de construcción sin atarse a un método por el método mismo y los enfoques genéricos de una serie de técnicas englobadas bajo el nombre de cualitativas. La coherencia no es sólo epistemológica, sino histórica y discursiva. El primer sentido de flexibilidad repercute en contra, por cuanto “deshistoriza” y reniega de la epistemología propia de cada tradición metodológica. Pero eso no debe conducirnos a justificar los resultados por la propia historia de la epistemología. Entonces ¿cuándo se puede reconciliar flexibilidad con coherencia y consistencia? Cada tradición dentro de la investigación cualitativa (Teoría fundamentada, fenomenología, etnografía (2)) genera su propia flexibilidad y esta es coherente con el tratamiento de las narrativas dentro de cada tradición. El error consiste en tratar a la “flexibilidad” como una suerte de estatus extrapolable en iguales términos para todo diseño cualitativo. Hacer esto sería desconocer la enorme complejidad de lo social, de la que los enfoques cualitativos tratan de dar cuenta.

Esta última consideración nos lleva a preguntarnos entonces por la corriente “dura” ¿qué implica hablar de una práctica etnográfica para estudiar este fenómeno? ¿Cuáles son las cargas de historicidad y complejidad de los términos fundacionales de “nativo” y “local” y cómo se aplican a estos casos? Desde este abordaje abandonamos la primera postura, que quizás sea más cómoda, por

una que presenta tensiones más fuertes. Pero estas tensiones son constitutivas de la práctica de investigación. En última instancia podríamos desembocar en dos extremos. Uno sería un empirismo emparentado con el flexibilismo y nos llevaría a confundir el diseño cualitativo con una caja de herramientas a la que podemos echar mano. La otra sería un dogmatismo donde la etnografía sólo se aplica si puede hacerse con todos los rigores de espacialidad y entrada al campo. La búsqueda de un punto intermedio no debería ser una solución de compromiso, sino un desafío reflexivo.

¿Cómo es posible una etnografía en Internet? La combinación entre el análisis de contenido de los paquetes textuales producidos en estos sitios tiene que ir acompañada de instancias de entrevistas en profundidad, pero aquí no se termina de delimitar la cuestión. Para los sujetos el espacio de involucramiento es real y material como sus prácticas, pero a su vez, es vivenciado como efímero sin un anclaje experiencial definido. Como sostienen Gatson y Zweering (2004) los sujetos que establecen lazos sociales en la web construyen alguna comunidad pero sin el anclaje territorial tal y como lo entiende la etnografía tradicional. Así sus instrumentos deben ser revisados.

Una primera cuestión refiere a la delimitación de lo local. La noción de local ha sido clave para el enfoque etnográfico. El territorio no sólo entendido como espacio físico, sino también repleto de señas antropológicas, es decir, un espacio “significado”. Pero este acto de significar el espacio tiene un correlato material. Puede decirse, a riesgo de parecer burdo, que la “cosa” está ahí afuera, más de allá de las elaboraciones sociales que de ella se hagan. Aunque sin estas elaboraciones no podríamos registrarla. ¿Tiene el espacio virtual de Foot y Schneider un soporte material donde emplazar las significaciones? ¿Puede un sitio de Internet (o toda la web) volverse un territorio en el sentido etnográfico del término?

Gatson y Zweering (2004) realizan una investigación donde el interrogante se vincula hacia las posibilidades de considerar la participación en un BBS como una forma de entrada al campo y observación participante. Este es uno de los sentidos del debate sobre lo local. ¿Hasta qué punto puede la participación de un cientista social en un salón de Chat considerarse una práctica etnográfica? ¿Puede realizarse una entrevista en profundidad mediante un Chat? Nuestra postura es que Internet funciona en forma referencial, es decir, construye y reconstruye identidades y significaciones y reproduce imaginarios y representaciones formadas fuera del espacio virtual. O bien, las construye en oposición al espacio real y material. El espacio virtual es significado como instancia que necesariamente se refleja sobre el espacio material. Y esta afirmación, provisoria por ahora, parte de un imaginario social compartido, que es que Internet tiende a potenciar, resignificar o mejorar las instancias del espacio real. O sea se representa con necesaria referencia a él. Pero debemos hacer aquí una ruptura epistemológica con el sentido común. No debe la práctica de investigación en ciencias sociales problematizar la distancia entre las construcciones simbólicas en el espacio virtual en referencia al espacio real, sino problematizar la distancia entre las construcciones en el espacio virtual y las representaciones del espacio “real” (que denominaremos material).

Hay un espacio material que se referencia que resulta un territorio privilegiado para ser estudiado y es el espacio doméstico. Silverstone (2001, 2004) enfatiza la importancia de tenerlo en cuenta, de analizar cómo este funciona como estructurador principal del continuo proceso de construcción de identidades. Es el que marca el adentro y afuera, y el que le da a los medios el carácter de público, en oposición al hogar, que es el espacio propio.

Internet es un poderoso medio de comunicación pero que tiene un valor de apropiación muy fuerte. Se le aparece a los sujetos como muy personal y muy poco regulado. ¿Qué es ser un “nativo” en Internet? La propia idea de nativo en la práctica etnográfica actual se ha desembarazado de los supuestos basamentos étnicos para aceptar la noción de “comunidad de sentido” (Berger y Luckmann, 1997). Internet parecería ofrecer la perspectiva de una comunidad ampliada materialmente, pero lo que nos importa es la construcción social del “nativo” de Internet. Algunos autores ya lo reconocen en aquellos sujetos que entran a Internet con cierta regularidad, desarrollan una gramática que combina emoticons y conducen o participan en foros y BBS. Creemos que es necesario avanzar más. Hay que recordar la fuerte vinculación ontológica entre nativo y territorio que propone la etnografía. El nativo de Internet es aquel que realiza la práctica regular de conectarse (o mantenerse conectado) como acto significativo que ordena y reorienta su territorio.

Bajo estas propuestas preliminares para pensar territorio y nativo, es que puede delimitarse mejor el universo al que se debe dirigir el trabajo de campo. Este deberá emplazarse necesariamente en el espacio material, pero en combinación con la indagación situada en el espacio virtual.

Al principio sosteníamos que existe una tensión entre una concepción blanda y una más específica. Semejante tensión reaparece cuando nos sumergimos en el dispositivo de la entrevista en profundidad.

## La entrevista en profundidad

Mientras que algunos antropólogos han visto a la entrevista como una instancia de interpelación a la otredad, el uso más difundido de la entrevista en profundidad ha sido como un medio para construir datos. Rapley (2001) distingue dos tradiciones de abordaje

de la entrevista. La primera es la de la entrevista como recurso de datos, es decir, la entrevista como una instancia en que se reflejan (más o menos) datos del entrevistado fuera del momento de entrevista. La segunda es la entrevista como un tópico, es decir, como una construcción conjunta de datos entre el entrevistado y el entrevistador (Rapley; 2001:304). Esta distinción será revisada aquí no sólo con referencia a nuestro trabajo en particular, sino a la utilización de la técnica de la entrevista en profundidad en estudios de comunicación.

La primera tradición debe ser matizada. Seguiremos aquí algunos argumentos de Hammersly (y Atkinson, 1994; 2004). Este autor identifica una perspectiva construccionista, que parte del axioma Kantiano de que nuestra experiencia en el mundo no se limita a reflejar su naturaleza, sino que la mente construye activamente “una representación del mundo tal como es” en nuestras experiencias (Hammersly, 2004:757). En un sentido análogo, Jodelet (1986) define las representaciones sociales como una instancia que no refleja el mundo como verdaderamente es, sino que al precisar un contenido referido al objeto y la representación del sujeto en relación con otros sujetos y el marco social en general. Hay un fuerte elemento de condicionamiento social. Estos supuestos dentro del construccionismo sirven, según Hammersly, para no inducir la falsa idea de captación objetiva de la realidad por parte del entrevistado. La pregunta epistemológica que emerge, entonces, es hasta dónde las representaciones que hacen los sujetos serán las mismas en el momento de la entrevista o fuera de ellas. Si el objeto sociológico tiene un carácter material colectivo, entonces hasta qué punto la entrevista permite un conocimiento de validez intersubjetiva.

Para la segunda tradición interpelaremos a N. Denzin quien se imagina “un proyecto utópico. (...) Imagino un mundo donde la raza, la etnia, la clase social, el género y la orientación sexual se intercepten. Un mundo donde el lenguaje y la performance, empoderen; y donde los seres humanos se conviertan en lo que deseen ser, libres de prejuicio, represión o discriminación” (2001:25, la traducción es nuestra). Denzin invita a que entrevistador y entrevistado logren la entrevista reflexiva, pues no hay ruptura y producción de conocimiento si la propia subjetividad no es puesta en duda. La situación de entrevista debe ser vista como ese espacio de interceptación no para rehuir de él, sino para ver cómo todos estos elementos se ponen en tensión. Tomemos por ejemplo, el género. Es esperable que la dinámica de la entrevista a alguna de estas mujeres sea diferente si el que la realiza es varón o mujer. Pero la postura que adopte el entrevistado será clave. Denzin (2001) cita en extenso el trabajo de A. Smith para ilustrar como los norteamericanos tienen dificultad para hablar de la raza y el género, pero también cómo el discurso que se construyó en la situación de entrevista fue el de las mujeres negras (que fueron las entrevistadas) y cuánto de las dificultades para hablar de la raza y el género son los mismos constituyentes del discurso de este grupo en particular. Denzin afirma que quiere “releer la entrevista, no como un método para recolectar información, sino como un vehículo para producir textos preformativos (performance texts) y etnografía preformativas (performance ethnographies) acerca del yo y la sociedad” (2001: 30, la traducción es nuestra).

La propuesta de Denzin es provocadora: la entrevista en profundidad no serviría sólo para construir datos, antes bien pondría en evidencia la complejidad del mundo social de la que la metodología cualitativa intenta dar cuenta. La otra tradición con su supuesto de continuidad pone el eje en uno de los problemas claves y constitutivos de las ciencias sociales: el orden social. La entrevista como tópico y la entrevista como fuente de datos se interceptan en dos cuestiones claves: validez intersubjetiva y consistencia (Rapley, op. cit.).

Creemos que la propuesta de Denzin es más abarcadora. Hasta ahora, las críticas contra tomar a la entrevista como tópico poseen un rastro positivista, suponen que la práctica científica debe producir un relato propio, más claro y sistemático. En cambio, la propuesta performativa, si bien no coloca al relato científico al mismo nivel que los relatos del mundo social, aboga por un relato que dé cuenta. Es decir, que refleja la complejidad intersectada y plural del mundo social. Luckmann propone identificar las “unidades de significado y enmarcarlas en las múltiples líneas de significancia biográficas e institucionales (1999:387). En este sentido, no se debe descartar la subjetividad del investigador sino a ponerla de relieve. ¿Hasta qué punto la entrevista puede tener validez más allá del contexto donde fue producida? ¿Cómo lograr la validez intersubjetiva, tan cara a la comunidad científica? Ambas corrientes responden a esto. La primera corriente señala que si no hubiera alguna continuidad en las representaciones sociales dentro y fuera de la situación de entrevista entonces no habría orden social. Desde la otra corriente, el proyecto de Denzin es el de una ciencia social performativa, que se haga cargo de su participación en la construcción de significados en la vida social.

## Conclusiones: hard y soft

Es posible que a esta altura el lector suponga que siempre optamos por la opción dura. Quedarnos con esta conclusión sería negar el sentido que se pretende dar a este ensayo. Cuando revisamos las tensiones con respecto a las relaciones entre género y pornografía; la viabilidad de una práctica etnográfica en y con los usuarios de Internet y la técnica de la entrevista en profundidad lo hacemos con un sentido reflexivo. No se presentan dos posiciones para luego optar por una y finalmente ver si los datos

construidos “verifican” la justeza de la elección.

La búsqueda por una ciencia social más reflexiva implica revisar las condiciones de construcción de sentido de nuestras prácticas. Por ello, reflexionar sobre los conceptos que utilizamos y las tensiones que se generaron en torno a su construcción; detenernos en el proceso de re-actualización de los conceptos claves de la práctica etnográfica; y aceptar el desafío de la entrevista como tópico conducen a una posición más reflexiva. Es una posición que se vuelve sobre sus operaciones para producir narraciones que den cuenta de la complejidad de la práctica de investigación social. En este sentido, se trata de contraponerse contra toda una tradición que quizá se remonte hasta Sócrates en donde los planteos deben ser solubles. Así, ser reflexivo no es un método para arribar a una respuesta satisfactoria, sino exponer la complejidad e invitar a pensar las tensiones. No hemos hecho otra cosa que volver sobre nuestras operaciones, sobre nuestros planteos y sobre el proceso de tomas de decisiones que conlleva el trabajo científico.

## Notas

(1) Este argumento causal no ha sido revisado en profundidad. Cabe destacar el estudio de Whaley (1999) quien pudo demostrar mediante un estudio estadístico, alguna conexión causal entre tendencias sociales hacia la igualdad de género y los índices de violaciones cometidas, si bien no pudo establecer la supuesta correlación entre pornografía y violencia de género.

(2) Holloway distingue estas y desconoce a la etnometodología.

## Bibliografía

- AA.VV: “La pornografía. Un debate incómodo”, en *Revista Sociedad* Nº 24, Manantial-UBA, invierno 2005, pp. 205-246
- ASTELARRA, Judith: “*Libres e Iguales? Sociedad y política desde el feminismo*”. CEM ediciones. Andros. Sgo. de Chile, 2003
- ARCAN Bernard: “*El jaguar y el oso hormiguero. Antropología de la Pornografía*”, Ed. Nueva Visión, Barcelona, 1993.
- BACHELARD, Gastón: “*La Formación del Espíritu Científico*”, Siglo XXI Editores, Bs. As., 1974
- BERGER Peter y Luckmann Thomas. “*La construcción social de la realidad*”, Editorial Amorrortu, Bs. As., 1997.
- BRAITHWAITE Ann. “The personal, the political, third-wave and postfeminisms”, en *Feminist Theory*, Vol 3 (3), Sage Publications, 2002 pp. 335-344.
- DENZIN Norman. “The reflexive interview and a performative social science”, en *Qualitative Research vol 1 (1)*, Sage Publications, 2001 pp. 23-46.
- DILLON, Marta: “*Ratones y Conejitas*”, en *Revista Radar*, 12 de diciembre de 2005.
- FOOT Kirsten y Schneider Steven: “The web as an object of study”, en *New Media & Society*, Vol 6 (1), Sage Publications. 2004 pp. 114-122.
- GATSON Sarah y Zweering Amanda: “Etnography online: ‘natives’ practising and inscribing community”, en *Qualitative Research*, Vol 4 (2), Sage Publications. 2004 pp. 179-200.
- HAMMERSLEY Martin. y Atkinson Paul : “*Etnografías*”, Ed. Paidós, Bs. As, 1994.
- HAMMERSLEY Martin. “Conversation analysis and discourse analysis: methods or paradigms?”, en *Discourse & Society*, Vol 14 (6), Sage Publications, 2003 pp. 751-781.
- HOLLOWAY Immy y Les Todres: “The status of method: flexibility, consistency and coherence”, en *Qualitative Research vol 3 (3)*, Sage Publications, 2003 pp. 345-357.
- JODELET, Dense: “La representación social: fenómenos, conceptos y teoría”. En Moscovici, Serge (Editor); *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Ed. Paidós, Barcelona, 1986.
- LOVIBOND Sabina. “‘Gendering’ as an ethical concept”, en *Feminist Theory*, Vol 2 (2), Sage Publications, 2001 pp. 151-158.
- LUCKMANN Thomas. “Remarks on the Description and interpretations of Dialogues”, en *International Sociology*, Vol 14(4), Sage Publications, diciembre 1999 pp. 387-402.
- MCNAY Lois. “Agency, anticipation and indeterminacy in feminist theory”, en *Feminist Theory*, Vol 4 (2) , Sage Publications, 2003 pp. 139-148.
- MOLINA DERTEANO, Pablo: “*Sobre la triple naturaleza del objeto prohibido*”, Ponencia presentada en el IX Congreso de Investigadores en Comunicación, Villa María, septiembre del 2005.
- RAPLEY Timothy: “The art(fulness) of open-ended interviewing: some considerations on analysing interviews” , en *Qualitative Research vol 1 (3 )*, Sage Publications. 2001 pp. 303-323.
- SILVERSTONE, Roger: “*¿Por qué estudiar los medios?*”, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 2001.
- SILVERSTONE, Roger: “Regulation, media literacy and media civics”, en *Media Culture and Society*, vol 23 (6), Sage Publications, 2004. pp. 440-449.
- WHALEY Rachel: “*The paradoxical relationship between gender inequality and rape. Towards a defined theory*”, en *Gender &*

